

objeto de una silba estruendosa por su impericia. Aguantando la airada protesta y hasta los insultos, oye inesperadamente un solo aplauso desde el tendido; el picador mira a quien se lo tributa y, descubriendo a un famoso y popular político, le saluda sombrero en mano y le dice con una gran voz: "Gracias, don Pedro." Los amigos de éste se extrañan de aquella actitud inexplicable, y él, para justificar el aplauso, les dice: "Ese picador que está ahí es el mejor electorero que tengo en el quinto distrito."

Otro cacique recibe la visita de un pobre labrador a quien la subida de la contribución sume en la ruina, y benévolamente se dispone el gran señor a ir a la Alcaldía del pueblo para enterarse de la causa del aumento tributario y procurar su reducción; mas examinando los libros oficiales observa que no hay recurso legal contra aquella medida del Fisco que arruina a su elector, y entonces coge resueltamente la hoja en que consta el alza contributiva, la arranca del libro, la hace pedazos y la arroja a un rincón, mientras su elector, agradecido, le rinde el fervido testimonio de su reconocimiento.

Muchos casos se registran en los fastos electorales de protección a los amigos, como el envío del suero antidiftérico, cuando era una rareza obtenerlo, para salvar al niño de un elector, a quien el terrible *crupp* o *garrotillo* ponía en trance de segura muerte; y no digamos de los óbolos, auxilios y ayudas de costas, que unas veces de las cajas públicas y otras del bolsillo particular eran obligada y continua en-